

LA CÒVA DEL FRARE

En las costas del mediterráneo...

Altea era un pueblo afortunado. La belleza del paisaje se hilaba entre el mar, los campos y las montañas.

Aquel día de verano las olas se mecían con tranquilidad, la espuma producida por el suave oleaje semejaba pañuelos que desaparecían bajo las aguas. El cielo estaba despejado y en su manto azul las gaviotas parecían pinceladas sobre un lienzo.

Sin embargo la belleza y la tranquilidad no ahuyentan las desgracias.

En una humilde familia había dos hijos con escasos años de diferencia. Uno era sano y fuerte, de nombre Salvador pero todos lo conocían como Salva. El segundo tenía una salud delicada, aunque era más alto que su hermano, y se llamaba Ramón.

El calor apretaba cuando la angustiada madre llegó a las puertas del Convento de los Franciscanos. Ramón iba en brazos de su padre. El pequeño no había llegado a los cinco años y un mal lo afligía. Ni médicos ni curanderos podían auxiliarse. Tenía el cuerpo marcado por manchas que se inflamaban y enrojecían su piel.

La mujer tocó a las puertas, cuando asomó uno de los frailes imploró que salvaran a su hijo. Prometió que si el niño se curaba vestiría los hábitos durante cinco años. El fraile cogió a Ramón en brazos.

–Solo el Señor decide quien ha de quedarse. No prometo nada. Recen. Y esperemos que San Francisco de Asís haga que la balanza pese a favor de su hijo –con estas palabras los despidió.

La cara del niño quedó marcada por la enfermedad, pero consiguió salvarse. Durante cinco años Ramón vistió los hábitos. A causa del milagro la gente lo comenzó a conocer como el ‘hijo del Santo’ lo cual terminó por derivar a Francisco.

A los dieciséis era tan fuerte como Salva, más rápido e intrépido. De no ser por las marcas de la cara, incluso hubiera sido más atractivo. El aspecto nunca supuso un problema para Francisco hasta que conoció a Joana, una joven que junto a su familia

bajó de la montaña para vivir frente al mar. Era la más hermosa de las flores, de ojos claros y cabellos cobrizos.

Poco tardó en trabar amistad con ella y aunque se reían juntos, ella solo tenía ojos para Salva. Los años en el Convento enseñaron a Francisco a ser un joven de sentimientos reservados y a comportarse con humildad. Por ello nadie percibió el cambio que Francisco sufrió por dentro. El amor por su hermano derivó en odio. Los celos lo consumían cada vez que Joana y Salva se apartaban del grupo de amigos para estar a solas. Un día mientras los espiaba vio como ambos compartían un tímido beso, y la ira consumió su corazón hasta volverlo negro como el hollín.

Cada vez le costaba más ocultar lo que hervía en su interior. Antes solía tener buenos momentos con su hermano, ahora lo desafiaba a hacer cosas en las que él terminaba por humillarle. La relación entre los dos comenzó a enfriarse.

El verano marchó tarde pero finalmente el otoño ocupó su lugar.

Era un día nublado, el mar aguardaba esa calma que predice tormenta. Ningún pescador había salido con su barca. Entonces Francisco tuvo una idea descabellada. Cuando sus padres estaban ausentes se acercó a Salva.

– ¿Vienes conmigo a pescar? –Le propuso con aire desafiante. Sabía que en eso su hermano tenía más suerte, pero no le importaba. Salva aceptó.

Se marcharon a escondidas, aunque antes de montar en la barca se encontraron con Joana. Cuando la joven supo a lo que iban les pidió que se quedaran en tierra, advirtiéndoles del peligro. Al ver la terquedad de los hermanos se rindió. Les dijo que pondría un farolillo frente a su casa que se encontraba en la costa, para que así pudieran encontrar el camino de vuelta si la oscuridad los alcanzaba.

Salieron con la barca y dejaron atrás la costa. Lanzaron el palangre en el trayecto hasta de Morro de Toix. El día fue volviéndose cada vez más oscuro y las aguas revoltosas. Pero los hermanos no se dejaron amedrentar por el tiempo. De camino a la Illeta de l'Olla pasaron frente a una cueva sombría, ésta formaba un puente natural que unía Cap Negret con playa de l'Olla. Aquel lugar evocaba una extraña sensación que hizo que ambos remaran con fuerza hasta perderla de vista.

La oscuridad llegó antes de lo previsto. Los nubarrones cobraron un tono gris acerado. Estalló una tormenta como ninguna vista en años. Por suerte los hermanos se encontraban en la Illeta cuando ésta los alcanzó. Hallaron refugio en la parte de levante, donde consiguieron encender una hoguera con lo poco que reunieron.

Salva se encontraba observando la costa. Vislumbró una luz donde vivía Joana y sonrió para sí.

–Voy a pedir su mano mañana –dijo en voz alta. –Será una esposa radiante y de buen corazón. Me hará feliz y yo a ella.

–Podría haber sido la mía –la voz de Francisco tenía un tono frío que puso los pelos de punta a su hermano.

Salva se giró de inmediato.

– ¿Qué has dicho?

Francisco se encontraba de cuclillas frente a la lumbre, la luz de las llamas le otorgaba un aspecto terrible marcando aún más las facciones de su rostro.

–Yo la conocí primero. Se lo que quiere y lo que necesita. ¿De verdad crees que estaría contigo, un segundón, teniéndome a mí? Mi mala suerte es ésta cara. Ojalá hubieras sido tú el que vistiera los hábitos. En tal caso otro gallo cantaría. Joana nunca te habría amado...

No terminó la frase. Salva se había abalanzado sobre él. Rodaron por el suelo forcejeando por imponerse.

Afuera un rayo partió el cielo iluminándolo con una luz cegadora.

Salva propinó varios golpes a su hermano, éste consiguió defenderse de alguno. Parecía que Francisco fuera perdiendo, pero a la hora de actuar era más frío y calculador. Solo aguardaba el momento. Consiguió hacerse con una roca y cuando tuvo oportunidad se subió a horcajadas de Salva atrapándole los brazos. Sin vacilar le golpeó la cabeza con la roca.

Como si de un mal sueño se tratase Francisco se alzó al ver la sangre. Salva lo miró con ojos vidriosos y dijo:

–Me has matado Caín.

Después quedó inerte sobre el lecho de algas y hierbajos que había en la superficie del refugio.

La roca resbaló de entre sus dedos, Francisco miró sus manos teñidas de sangre. No podía quedarse allí.

Las aguas embravecidas y la lluvia no asustaron al trastornado joven, pues la tormenta que se había desencadenado en su interior hacía palidecer la que lo rodeaba. Cogió la barca y remó hacia la luz de Joana. A pesar de su determinación, el mar parecía dispuesto a castigarlo por sus actos. El oleaje lo llevó lejos hacia la oscura cueva que habían visto antes. Francisco perdió el control y la barca chocó. El joven fraile quedó aplastado contra las rocas y su cuerpo arrastrado por la corriente hacia las profundidades. Igual que la boca de un lobo, la negrura de la cueva lo engulló.

Al día siguiente amaneció un día tranquilo y soleado.

Como los hermanos no aparecieron Joana decidió confesar la locura que habían emprendido. De inmediato salieron partidas de búsqueda. En la Illeta encontraron a Salva moribundo. Tenía una herida en la cabeza, por fortuna la sangre y las algas formaron un empaste que consiguió frenar la hemorragia. Lo llevaron de vuelta al pueblo donde los médicos pudieron salvarlo. Entrada la noche encontraron los restos de la barca de los hermanos cerca de una cueva, pero no hallaron a Francisco por ninguna parte.

Con el tiempo...

El lugar donde desapareció el joven ganó el nombre de la Còva del Frare. ¿Por qué? La razón nace tras la muerte de Francisco. Sobre todo ocurría de noche, testigos afirmaban que un duende vestido con hábitos de fraile se dedicaba a empujar a quienes cruzaban. Aunque a veces solo aparecía para dar un buen susto.

El puente ya no existe. No se sabe bien que ocurrió. Algunos creen que se derrumbó, otros dicen que la destruyó la avaricia de un hombre, que aprovechó las rocas de la cueva para hacer baldosas que luego vendió.

En cualquier caso el duende nunca volvió a ser visto, aunque la leyenda prevaleció.

Sarah Herrera